

## PINEDA ANSELMO

---

Así como los astros brillan, unos con luz propia y otros con luz reflejada de cuerpos vecinos, así entre los hombres públicos cuyos nombres a fuerza de sonar acaban por ser o parecemos eminentes y por grabarse en la Historia, unos brillan con su propia luz, con el mérito de sus obras, su genio, su carácter o sus virtudes; y otros—y son los más—deslumbran con la serie no interrumpida de los nombramientos que han obtenido y de los puestos que han ocupado, no siempre por real merecimiento.

Respecto de éstos sus biografías se reducen a ser una larga enumeración de títulos, destinos y cargos públicos; respecto de los primeros, sus rasgos biográficos van al fondo; a presentar al público, que admira siempre lo noble, lo grande y lo bueno, un espíritu superior, un carácter elevado, una vida meritoria y útil.

Siempre hemos creído que cuando se van a esbozar para la Historia las figuras de los muertos, los hombres deben estudiarse ante todo por su corazón y su carácter, como que aquél es el motor de todas las acciones buenas o malas y éste la norma de la conducta social; y como que uno y otro reflejan la espiritualidad en todo el curso de existencias idas, graban el verdadero perfil del individuo y llevan una como luz de faro para ver con claridad, aun al través del tiempo y la distancia y por entre la tiniebla de la tumba, la razón de muchas cosas al parecer inexplicables; el valor de muchos dolores ignorados y de inmensos sacrificios, tanto más meritorios cuanto más ocultos; el brillo

de muchas sombras y la sombra de muchas glorias; la grandeza de muchas pequeñeces y la pequeñez de muchas grandezas.

Queremos por eso presentar hoy, a grandes rasgos, la venerable figura del Coronel Anselmo Pineda como militar, como bibliófilo y como hombre de gran corazón y de elevadísimo carácter.

Era de cepa antioqueña, de esa raza privilegiada en Colombia, no tanto por su capacidad intelectual, que en ello no le van en zaga, si es que no le superan, algunas de otros Departamentos del País, sino por su amor al trabajo, su inquebrantable energía y su espíritu práctico. Tenía pues Pineda, nacido en Marinilla el 21 de Abril de 1805, todas las cualidades y ventajas de aquella raza de trabajadores; tenía la laboriosidad infatigable en el trabajo; la tenacidad irreductible en lo bueno; la fe profunda en el valor del propio esfuerzo. Era de esos hombres que desde niños se acostumbran a luchar por sí mismos, a deberlo todo a su energía, a su valor, a su perseverancia. Era de los que creen que el hombre de honor ha nacido para servir a su Patria y a sus conciudadanos, no para vivir a costa de la una y de los otros.

Y esa creencia, que le venía en la sangre, pues su familia fue notable por sus virtudes, se arraigó aún más en su alma cuando hizo sus primeros estudios bajo la sabia dirección de José Félix Restrepo, el *Aristides Granadino*, porque el carácter de los buenos maestros se funde al cabo, como en magnífico molde, en los discípulos buenos.

La primera época de la vida de Pineda marcó su figura de militar valeroso en alto grado, enérgico, sufrido, estricto cumplidor de su deber, y modelo, en fin, del buen soldado. Se le vio en 1829 figurando como edecán de Córdoba, el héroe de Ayacucho, cuando fue cobardemente asesinado

en el Santuario por el irlandés Ruperto Hand; combatió en 1831 contra la dictadura de Urdaneta, y pacificó el Cauca; en 1839 peleó en Buesaco, y el memorable 3 de Diciembre, con sólo sesenta hombres, hizo levantar el sitio a doscientos cuarenta y dos en La Laguna; ganó el grado de Sargento Mayor en Chaguarbamba; en 1840, en Pasto y su ejido, derrotó con treinta soldados una columna de ejército; y luchó denodadamente en Buesaquillo, Abejorral, Santiago, Pasto, Chapacual, Taindala, Huilquipamba, Aratocha, Guarumo, La Chanca, San Lorenzo y en otras muchas acciones de guerra, ganando uno por uno los grados militares y defendiendo siempre la legitimidad y la justicia.

Contaba un honorabilísimo testigo presencial, D. Eloy B. de Castro, que en la guerra de 1854, llamada de Melo, Pineda detuvo el paso, cerca del Puente del Común, a ochocientos melistas armados que venían de Zipaquirá al mando del General Manuel Acebedo y del negro Justo, con sólo catorce soldados y cerca de doscientos indios de Chía armados de palos. Para ello se valió de la estratagema de hacer que sus hombres desfilaran en orden y guardando cierta disciplina por sobre una pequeña colina que veía la fuerza enemiga, y que luego, al doblar el cerro, volviera a treparlo, cambiando los hombres la ruana por la camisa unas veces, otras terciando la ruana, otras de distinto modo, de tal manera que por la distancia, pareciendo los palos fusiles y los pobres indios, que pasaban y repasaban, numeroso ejército, el enemigo acabase, como acabó, por retirarse prudentemente, y Melo no pudo recibir el importante refuerzo que esperaba.

En esa misma revolución acompañó Pineda al General Franco en su valerosa pero imprudente

entrada a Zipaquirá, en donde, por un milagro, la lluvia de balas que dejaron muerto en la plaza al desgraciado General no hicieron a Pineda sino atravesarle por repetidas partes la ropa y el sombrero.

En la ya mencionada acción de Huilquipamba lo saludó el General Flórez con el título de Teniente Coronel de los Ejércitos del Ecuador, y en el campo glorioso de Aratoca, al lado del General José Acebedo Tejada, hijo del tribuno de 1810, fue ascendido a Coronel, grado que renunció modestamente luégo. Y si jamás se le dio el título de General, que a la generalidad de los colombianos se da hoy, siquiera no hayan estado en ningún combate ni tengan, como tuvo Pineda, la declaratoria de dos acciones distinguidas de valor y el comprobante de más de quince años de servicio activo, ello comprueba, no que no mereciera aquel grado, sino su genial modestia: su incapacidad para el arte más usual de elevarse, que es la intriga, y además, su talento, porque es mejor ser siempre un buen Coronel con título ganado en los campos de batalla que un mal General graduado en antecámaras.

Si en las acciones citadas acreditó Pineda su valor de militar, en los puestos de Tesorero Provincial y Archivero de la Gobernación de Antioquia, Adjunto al Estado Mayor General en 1836, Ayudante del General Herrán en 1837, Jefe Militar del Socorro, Gobernador de Pasto, Comisario en Quito, pacificador de Panamá, Jefe de Estado Mayor en la Costa y Jefe Militar en Santa Marta en años subsiguientes, y Representante por Antioquia en el Congreso de 1843, etc., demostró sus dotes de buen gobernante, de hombre de mundo, y sobre todo de patriota desinteresado, recto y digno.

Hemos mencionado de una plumada los cargos públicos que desempeñó el Coronel Pineda para bien de la República, gloria de su nombre y timbre de honor de su familia. Hablemos ahora con más interés y más espacio de su obra magna, de la labor imperecedera de su vida, de la que por ser un verdadero y muy alto puesto público, no dado por los Gobiernos sino conquistado por el propio esfuerzo de la virtud y del trabajo de luchador patriota, es, a nuestro juicio, lo que da a Pineda el título de colombiano ilustre, ya que nunca hemos creído notables a los hombres por la altura de los destinos que hayan tenido, sino por la alteza y la bondad de la obra de su vida. Nos referimos a la biblioteca de obras nacionales por él fundada: a la *Biblioteca Pineda*.

Pero a hablar de esto no es la pluma nuestra la mejor llamada. Tócale a otra más competente y muy querida, que hace ya años cesó en su eficaz labor por el bien y por la Patria, cuando el que la manejó tan dignamente durmióse en el silencio de la tumba. La pluma de nuestro hermano Ernesto León Gómez, ahijado y amigo del Coronel Pineda, escribió lo que sigue respecto de este ciudadano benemérito:

“.... Pocas veces se hallan reunidas en una persona todas las bellas cualidades que adornaron a este hombre: él era un verdadero modelo del patriota desinteresado, del virtuoso padre de familia, del protector de los desgraciados, del amigo que sabe sacrificar su reposo por el bienestar de su amigo.

“.... Muy bien comprendió lo que era Pineda la ilustrada Sra. Josefa Acebedo de Gómez, cuando, estando en su lecho de muerte, llamó a sus hijas y les dijo: ‘Hijas mías, la única herencia que os dejo es la amistad del Coronel Pineda: sa-

bedla apreciar, porque ella es un tesoro de inestimable precio.' En efecto, Pineda era un tipo raro en éste siglo, y sus servicios prestados a la Patria en la paz y en la guerra con desinterés y abnegación, y su vida entera consagrada al bien de la humanidad, harán su memoria digna de pasar a las más remotas generaciones.

“Pero no es su biografía lo que voy a escribir; ella está impresa en caracteres indelebles en las mejores páginas de la historia de Colombia, en la memoria de sus numerosos amigos y admiradores, y sobre todo en el corazón de los desgraciados. Pineda, como él mismo lo dijo alguna vez, no podía dormir tranquilo cuando llegaba la noche sin haber hecho algún bien durante el día. Nó, no es su historia la que intento referir, es la historia de algo que ha sido y será la joya más brillante de la inmortal corona de su gloria, la historia de la *Biblioteca de Obras Nacionales* fundada por él a costa de inauditos sacrificios, y puedo añadir, porque conozco los más íntimos sentimientos del corazón de ese hombre, que a costa de su vida. El Coronel Pineda vivió para la Biblioteca, gastando sus mejores años, sus escasos recursos y su tranquilidad en servicio de ella. Yo le vi llorar sobre esa rica colección, que encierra en su seno todas las glorias de los más bellos años de nuestra Patria, así como las luctuosas páginas de sus días de dolor y de sangre; yo le vi llorar porque su inmortal obra, la obra de toda su vida, el monumento de la Patria, no era apreciada debidamente por ella, ¡y qué digo! era destruído por los mismos que deberían haberle cuidado y defendido como su más preciosa herencia.

“Ocho años de manejo constante de la Biblioteca Nacional me han hecho conocer perfectamente la colección Pineda y saberla apreciar como se

debe: ella es por sí sola el monumento de gloria de su ilustre fundador; sobre ella, como sobre una mole de granito que no pueden abatir las tempestades, estará siempre la imagen inmortal del Coronel Pineda, que será el modelo del republicano virtuoso y entusiasta que debe vivir y morir por la Patria.

“Cuarenta años hacía que el Sr. Pineda recogía asiduamente las esparcidas hojas de la historia de Colombia: los manuscritos, los periódicos, los folletos y cuanto pudiera interesar a las generaciones futuras; cuarenta años de fatiga y de privaciones para ofrecer a Colombia algo digno de sus glorias, de sus triunfos y de sus martirios; y cuando al cabo de tan largo trabajo logró recoger la inmensa colección que hoy lleva su nombre, se presentó ante el Congreso de 1849 y la ofreció a la Patria, sin pedir en pago de tan brillante ofrenda más que un poco de gratitud nacional.

“Cerca de mil volúmenes (1) empastados, con sus correspondientes índices, la componen. Está dividida en dos secciones: la antigua, formada hasta 1849, y la nueva, que comprende desde esa época hasta 1873; la primera, repartida en seis series, distribuídas así: 1, leyes y memorias; 2, tres series miscelánicas de cuadernos que ascienden a 6,000; 3, colección de periódicos desde el primero que se fundó en Bogotá en 1791 hasta los de 1851; 4, hojas sueltas clasificadas; 5, manuscritos, y 6, varias obras nacionales y extranjeras.

“En esta rica colección se hallan multitud de curiosos documentos, tales como la causa original de los conspiradores del 25 de Septiembre; varios

(1) Creemos útil anotar que de publicaciones oficiales hechas hasta 1873 se desprende que en ese año la *Biblioteca Pineda* constaba de algo así como MIL TRESCIENTOS (1,300) VOLÚMENES. Seguramente el Sr. León Gómez al hacer el cómputo en 1880 dejó de incluir algunas de las partidas de libros con que el Coronel acreció la *Nueva Biblioteca Pineda* después de 1873.

manuscritos de Caldas, Mutis y otros sabios; muchas Memorias inéditas, históricas y científicas, y gran cantidad de periódicos y otras publicaciones importantes que son hoy únicas en el País.

“La nueva Biblioteca que donó posteriormente y que fue arreglada con sus correspondientes índices, hechos con toda claridad por los Sres. Vergara y Scarpetta, está dividida en quince secciones y es el complemento de la gran obra del Coronel Pineda.

“Todo este tesoro fue aceptado por la Patria, quien ofreció a Pineda una pensión mensual, que si bien era un testimonio de la gratitud nacional, no era, como han pensado algunos, una remuneración, porque esa rica ofrenda es la historia de Colombia escrita por sus mismos fundadores, y un País no tiene jamás con qué poder comprar los documentos originales de su propia historia.

“Bien conocieron esto D. José Manuel Groot, D. Nicolás González y demás historiadores de la Patria; y bien puede comprenderlo quien sepa que esa colección y la del Coronel Acosta son la única luz de nuestra historia.

“El Sr. Pineda estaba satisfecho porque su obra era completa y porque contaba con que sería justamente apreciada; pero no fue así. Pocos años habían transcurrido desde que la *Biblioteca Pineda* era propiedad del Gobierno, cuando olvidando éste las condiciones con que su fundador la había donado, la puso a disposición de toda clase de personas, e incapaces las más de comprender su inmenso valor, pronto principió aquella obra lenta de destrucción y de barbarie que desmiente nuestra tan decantada civilización y que hirió de muerte el sensible y patriota corazón del Sr. Pineda. Por eso decía en uno de sus numerosos mensajes al Congreso: ‘Mis quejas son justas, porque

hasta el simple labriego se lamenta cuando por mano aleve llega a ver desmejorada su pequeña labranza. ¿Y qué no deberé hacer yo con los preciosísimos documentos de mi colección, que son nuestros anales recogidos con tántos afanes, en todos los pueblos de la República, al contemplar que se desmejoran? Yo los sigo con los ojos del alma, porque me costaron vigiliass y esfuerzos constantes, y porque aun cuando hoy sean propiedad de mi amada Patria, no por eso dejan de ser míos.' En otra parte dice: 'Si hubiera imaginado siquiera remotamente que no se cumplía la condición de mi gratuita cesión, no me hubiera atrevido a defraudar aquella parte del pan de mi familia.'

"A la entrada del salón que guarda la *Biblioteca Pineda* está colocado hoy un retrato que llama la atención de los concurrentes a ese Establecimiento. Un apacible rostro lleno de bondad y un aire simpático de tristeza ennoblecen su semblante. ¿Quién no ve allí al Coronel Pineda con esa melancólica fisonomía que tan bien retrata un corazón amante como pocos de su querida patria y sensible como el que más a las desgracias de sus semejantes? ¿Quién no le recuerda con respeto y gratitud al ver allí su imagen?

"Al pie de ese retrato está escrito esto: 'A la virtud y al patriotismo del Coronel Anselmo Pineda, fundador de la *Biblioteca de Obras Nacionales*.'

"Era justo que al colocarse la losa del sepulcro sobre el cadáver de tan digno ciudadano, y cuando ya no volvería él más a visitar su tesoro querido, un retrato suyo inmortalizara su imagen allí mismo donde su nombre debía vivir también para siempre."

Con motivo de la muerte del Coronel Pineda, ocurrida en Octubre de 1880, el ilustre y desgraciado poeta Temístocles Tejada, cuyo nombre, in-

justamente medio olvidado ya, nos es muy grato rememorar ahora, escribía al redactor del periódico llamado *La Velada*, lo siguiente:

“....Ruego a Ud. y a su talentoso amigo mi pariente Sr. Ernesto León Gómez, del cual he recibido también una bellísima carta pidiéndome algún escrito en memoria de nuestro común pariente el Sr. Coronel Anselmo Pineda, se sirvan insertar en el periódico de Ud. la poesía que les remito, escrita en otro tiempo para el álbum de este grande amigo, y un ligero artículo necrológico.....

“....Mi deber es simplemente en la ocasión el de descubrir mi cabeza, encanecida también, no por el hielo de los años, sino por las olas del dolor, y arrodillarme sobre mi lecho de tormentos para decir mi último adiós a la sombra de aquel excelente amigo que tanto supo amarme, honrarme y consolarme, no solamente en mis horas de prosperidad, sino en mis años de desventura y de lágrimas.

“El Sr. Coronel Pineda tenía entre todas sus grandes cualidades, una que ya es una insólita preciosidad en estos tiempos de descreimiento, de materialismo, de egoísmo y de perversión en que se agita descorazonada la sociedad: un amor exquisito, abnegado y heroico hacia los desgraciados; y de él dio tantas pruebas, que bien pueden compararse a las que de igual naturaleza ejecutaban San Juan de Dios y San Vicente de Paúl.

“Ligado el Sr. Coronel Pineda en su primer matrimonio a la señora viuda de mi ilustre tío el Sr. General Pedro Acebedo Tejada, adquirió tal cariño y admiración por toda mi inmensa familia, que a él le debemos los más nobles servicios y el que se conserven en su Biblioteca muchos de los escritos de varias personas de mi sangre, que se

distinguieron en la carrera pública y en las letras, de forma, pues, que aquel caballero era para mí no solamente un verdadero amigo sino un distinguido pariente, y de la misma manera fue considerado por muchos de los míos. Todos mis tíos Acebedos Tejadados se enorgullecían con la amistad y con el parentesco de tan eximio caballero, y muchos de ellos dejaron al morir a sus hijos, como la mejor herencia, el que cultivasen relaciones con él.....

“.... Sobre la tumba de tan preclaro ciudadano bien puede grabarse este epitafio:

No es un hombre vulgar el que reposa  
Bajo esta piedra solitaria y fría,  
Sino un mortal que en su Nación un día  
Brilló por su virtud y su alma hermosa.

Amigo sin rival, su generosa  
Mano el consuelo derramar sabía  
Con el mismo interés con que servía  
A esta Patria que quiso ver gloriosa.

Como el árbol fructífero agostado  
De producir sus frutos y su esencia  
Cae ya viejo y marchitado al suelo,

Este varón ilustre y abnegado  
Agotó en el trabajo su existencia;  
Mas pura su alma se elevó hacia el Cielo.

“Si yo pudiera escribir algo más digno del Sr. Coronel Pineda que estas pálidas frases que dicto ahora al niño que es mi único compañero y mi único consuelo en esta solitaria cabaña donde agonizo en medio de los más crueles infortunios, en verdad, en verdad que no lo excusaría, porque mucho amé a aquel hombre cuya memoria amaré y bendeciré mientras viva.

“Pero nada más puedo hacer por hoy, porque estoy paralizado, casi ciego, sin movimiento en las manos, hecho un esqueleto y a punto de volverme loco y de morir aquí en esta hondonada pedregosa y triste, donde no escucho sino los graznidos de las aves de rapiña que se ciernen sobre las rocas, y el monótono, eterno y melancólico rumor de las turbias aguas de un río solitario.”

Hemos delineado la figura del Coronel Pineda como militar y como ciudadano de grandes merecimientos. Para dar ahora idea de su corazón y su carácter insertamos la siguiente bellísima carta que le honra tanto a él como al ilustre patricio que la escribió :

*“Medellín, 29 de Junio de 1876.*

«Sr. Coronel D. Anselmo Pineda.

“Mi querido Anselmo :

“Tu última carta me ha hecho una impresión que no puedo expresar, como una comunicación de ultratumba, o más bien como lo que recibiría un morador de la otra vida cuando llega allá un compañero o un amigo que sesenta años antes había dejado en la tierra.

“Me parece que nosotros no somos ya de este mundo; yo extraño todos los días verme vivo; nunca jamás me imaginé que había de vivir setenta años. Todas esas cosas tan frescas y tan viejas que me dices, me han hecho como retroceder a una época tan triste hoy como era de grata y alegre cuando la vivíamos. La idea de que la injusticia te persigue todavía a los setenta años es desgarradora. Tus ideas generosas de patriotismo, de amistad, de humanidad, en medio del ambiente espeso de egoísmo de la generación actual, te representan a

mi corazón como aquel pájaro que los compañeros de Betancourt hallaron en las Canarias, que era el último de su especie que quedaba en el globo.

“Hace mucho tiempo que yo no me comunico con nadie ni contesto una carta, si no es forzado por alguna cosa que a otro interesa y que lo exige.

“Sufro una pena indecible al escribir a las personas queridas. Mi hija, que quizá a estas horas navega en el Pacífico, huyendo con mis cuatro nietos hacia California de las barbaridades del despótico Gobierno de Guatemala, me aflige de continuo con sus quejas porque no la escribo, y cada vez que lo hago el sacrificio me cuesta caro. Hace cuarenta y tantos años que los médicos juzgaron que yo no podía vivir sino unos tres o cuatro, por una enfermedad del corazón que subsiste y atormenta, pero que no me mata.

“Estoy muy viejo, sordo y cansadísimo; cuando me levanto de la cama estoy ya rendido de fatiga. Me quedan todavía siete hijos: el menor, que se llama Francisco Pastor, tiene dos años y es robusto, inteligente y atrevido. ¡Me moriré sin conocer tus últimos hijos!

“Como nuestra generación y la mayor parte de mis hijos están en la región de los muertos, o más bien en la región de los que no mueren, me siento más dispuesto a estar allá que aquí. Tengo una sola dicha, pero que puede reemplazar a las demás: tengo una fe incontrastable en la inmortalidad, una confianza absoluta en las promesas de Cristo: la proximidad de la muerte no me inquieta, aunque no dudo que debe estar muy cerca. Deseo con toda mi alma que tú te halles en iguales sentimientos; si no es así, procúralo. Las pretensiones del racionalismo han venido a ser para mí no solamente quiméricas sino ridículas.

“Ha llegado a esta ciudad hace pocos días el Sr. Eusebio Parderviez, polaco de nacimiento, que tendrá poco más o menos nuestra edad, y le he hallado no sé qué analogía con nosotros. Salió joven de su patria, huyendo de la persecución rusa, como revolucionario en favor de la libertad; ha vivido como militar y como profesor de lenguas en varios de los Estados de América, y últimamente ha dejado el Ecuador para venir a buscar la vida en Colombia a los setenta años! ¡Qué empresa! No ha podido hallar aquí destino, y sigue para ésa sin recursos; me ha pedido que lo recomiende a algún amigo; eres tú el más pobre y el más perseguido por las penalidades, y por consiguiente el único que se compadecerá de él; pónete pues en comunicación con Clopatofsky y con los polacos que haya allá, para que vean por él: él juzga que puede todavía trabajar, y busca trabajo; conoce varias lenguas y el arma de artillería.

“Hazme una relación de tus hijos para que los conozcan los míos. Enriqueta te saluda, contigo a Ana María, a Francisquita, a Vicenta.... Siento una repugnancia dolorosísima a escribir los nombres de personas queridas: nombres hay que hace mucho tiempo que no escribo y que quizás no escribiré jamás.

“Tu viejo amigo,

“*Mariano Ospina.*”

---

Concluimos aquí las líneas que deseábamos escribir para ayudar, en bien de Colombia, a salvar del olvido la memoria de uno de sus servidores más preclaros, resumiéndolas en esta que es la que debe ambicionar todo hombre digno:

Fue un gran corazón, un carácter recto y un ciudadano ejemplar.

ADOLFO LEÓN GÓMEZ.

Bogotá, Abril 22 de 1907.

